

# IDEAS Y FIGURAS

Oficinas: SARMIENTO 2021

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO  
DIRECTOR

Año III

BUENOS AIRES, SETIEMBRE 21 DE 1911

Número 58

## HISTORIA SOCIALISTA



Por JUAN JAURÈS

La ocasión favorable que yo esperaba se ha presentado anoche. Desde luego, nada me hubiera sido más fácil en cualquier momento que conseguir del *leader* de los demócratas una de esas entrevistas artificiales que nunca se pueden negar. Mi representación ante el secretariado internacional y ciertas amistades comunes, me ofrecían la seguridad de una respuesta favorable. Pero escritores y lectores estamos hartos de esas palabrerías fútiles que hacen á veces dudar de la misión de la prensa y de la utilidad de la información. Diluir en media docena de párrafos una pequeña frase cortés, dar alcance á una evasiva, interpretar un silencio y atribuir las propias palabras al presunto «entrevistado», son pequeñas travesuras de repórter que no se pueden condenar, pero que á nadie engañan ni sorprenden. Bien sabemos todos que, dadas la rapidez de la vida y la curiosidad del público, hay que recurrir á algunos engaños. Pero lo que se excusa como detalle efímero y caprichoso en medio de la polvareda de una jornada, no tendría perdón, convertido en artículo enviado sercnamente desde el extranjero. Por eso no solicité nunca de Jaurés una entrevista. No quería obligarle á articular esas amables trivialidades envolventes á que recurren todos los políticos, ni ponerme en el caso de tener que referir después una conversación edificada con reticencias amables sobre un paisaje convencional. Sin contar con que todos los hombres, hasta los más altos, pierden su sinceridad fresca ante los dos verdugos de la gloria: el periodista y el fotógrafo. Para sorprender y fijar su fisonomía real, hay que tomarlos de improviso, en mitad de un movimiento. Todo lo demás se reduce á inevitables exterioridades. Jaurés me hubiera recibido amistosamente en su gabinete de trabajo mientras preparaba un discurso, me hubiera ofrecido un asiento junto á la ventana, hubiera sonreído á mis indiscreciones, y tras una conversación breve, y algunas preguntas lisonjeras me hubiera vuelto á acompañar hasta el vestíbulo multiplicando su apretón de manos. Claro está que no era posible pedir más. Si los hombres públicos se abandonaran al primer llegado, dadas las costumbres que imperan hoy, naufragarían antes de las veinticuatro horas. El diputado del Tarn hubiera estado pues completamente dentro de su papel al disimular bajo una floración de sonrisas la reserva que le inspiraba el informador indiscreto. Pero, ¿no estaba yo también en el mío al aguardar una circunstancia casual y favorable como la que se ha presentado al fin anoche?

Cuando llegué á la estación del Norte, á las siete y cuarto, y me instalé en un sillón del expreso de Bruselas, me hallaba muy lejos de sospechar mi buena suerte. En el andén, atestado de viajeros y de curiosos, reinaba la confusión nerviosa de todas las partidas. Pero los empleados febriles, los vendedores afónicos que voceaban las novedades de la noche, los profesionales de la despedida que desbordaban ternuras y los excursionistas retardatarios que llegaban atropelladamente á última hora, abriéndose paso á empujones como si huyeran de una catástrofe, no

interrumpieron mi placidez de *habitué* del ferrocarril. Antes bien, me envolví en la manta hasta las rodillas, encendí un cigarro y me puse á releer la nota que había determinado el viaje.

Porque no era un simple capricho el que me llevaba á Bruselas. El secretariado internacional, lazo de unión entre los socialistas de veinte y cinco países, debía celebrar al día siguiente su asamblea anual. Yo iba como modesto representante de la Argentina. Alemania había delegado á Bebel y á Kaustsky, Bohemia á Nemec y á Soucoup, Inglaterra á Keir Hardie y á Hyndman, Suiza á Jean Sigg, Holanda á Troelstra, etc. De Francia debían ir Jaurés y Vaillant... Porque la reunión tenía esta vez una importancia grande. En ella se esperaba resolver la actitud del socialismo universal en caso de una nueva guerra franco-alemana. Los asuntos de Rusia, el conflicto sueco-noruego y el sistema de votación en los congresos internacionales que completaban la orden del día, pasaban, naturalmente, al segundo plano, ante la amenaza pavorosa de esta segunda lucha armada entre las dos grandes naciones, lucha que bien pudiera determinar una conflagración europea, poner en peligro todas las libertades y detener bruscamente el avance de la evolución social. Por eso había despertado la conferencia tanto interés entre los hombres de ideas avanzadas. Se comentaban todas las hipótesis. Y la actitud posible de Jaurés era objeto de las discusiones más vivas.

Trataré — me dije — de hablar con él á solas dos minutos.

Pero, no me disimulé que en el vértigo de una jornada tumultuosa no resultaba muy fácil la aventura. Jaurés, rodeado de amigos y solicitado por mil asuntos graves, encontraría difícilmente diez minutos para mí. Aun suponiendo que, lo descara, le sería casi imposible. La experiencia de París, de Lille y de Amsterdam, me lo decía á voces.

Sin embargo, confié en la casualidad... Y tuve razón, porque aquella se adelantó hacia mí en forma de sorpresa... Jaurés subía en ese mismo instante al tren que acababa de ponerse en marcha.

Un saludo, y nos instalamos en el vagón.

¿Quién no ha visto un retrato de Jaurés?

Sólido, más bien bajo, de cara rosada y barba gris, tiene en los ojos vivísimos no sé qué reflejo bondadoso que se coordina con el desenfado del traje y con la gesticulación familiar. El jacquet, el sombrero y la corbata ignoran la moda, pero de todo el hombre se desprende cierta delicadeza particular, que es como un reflejo de su espíritu. En las conversaciones privadas habla dulcemente, casi con timidez, y su voz poderosa que entusiasma y agita á la multitud en las asambleas públicas, cobra una especie de pudor velado, como si temiera afirmar superioridades. Pero así que toma contacto con el pueblo, así que siente hervir en torno un mar de cabezas, así que sube los escalones de una tribuna, ya sea en la cátedra, ya en el parlamento ó en una

(Continúa en la pág. 14)

# IDEAS Y FIGURAS

OFICINAS: SARMIENTO 2021

REVISTA SEMANAL DE CRITICA Y ARTE

ALBERTO GHIRALDO  
DIRECTOR

## HISTORIA SOCIALISTA

### Introducción

Queremos contar al pueblo, desde el punto de vista socialista, los acontecimientos ocurridos desde 1789 hasta fines del siglo XIX. Consideramos la Revolución francesa como un hecho inmenso y de admirable fecundidad pero no nos parece un hecho definitivo cuyas consecuencias no tenga la historia más que desarrollar. La Revolución francesa ha preparado indirectamente el advenimiento del proletariado. Realizó las dos condiciones esenciales del socialismo: la democracia y el capitalismo; pero en el fondo fué el advenimiento político de la clase media.

El movimiento económico y político, la industria en grande, el crecimiento de la clase obrera que aumenta en número y en ambición, el malestar del campesino, abrumado por la concurrencia y dominado por el feudalismo industrial y comercial, la turbación moral de la burguesía intelectual, á la cual ofende en todas sus delicadezas una sociedad grosera y mercantil, van preparando lentamente una nueva crisis social, una nueva y más profunda revolución, mediante la cual se apoderará el proletariado del poder para transformar la propiedad y la moralidad. De modo que hemos de trazar á grandes rasgos la marcha y el juego de las clases sociales desde 1789. Siempre resulta arbitrario trazar límites y divisiones en el progreso constante de la vida, pero pueden distinguirse bastante exactamente tres períodos en la historia de la clase burguesa y de la proletaria desde hace un siglo.

Al principio, desde 1789 hasta 1848, triunfa y se instala la burguesía revolucionaria. Utiliza, contra el absolutismo real y los nobles, la fuerza de los proletarios; pero éstos, á pesar de su prodigiosa actividad y del papel decisivo que les corresponde en ciertas jornadas, no pasan de ser un poder subalterno, una especie de sumando histórico. Inspiran, á veces, á los poseedores verdadero terror, pero en el fondo trabajan para ellos; no se forman concepto de una sociedad radicalmente distinta; el comunismo de Babeuf y sus escasos discípulos no fué más que una convulsión sublime, el espasmo supremo de la crisis revolucionaria antes de llegar á la tranquilidad del Consulado y el Primer Imperio. Hasta en 1793 y 1794 estaban confundidos los proletarios con el Estado llano; no tenían ni conciencia clara de clase, ni deseo ó noción de otra forma de propiedad; no llegaban más allá del mezquino pensar de Robespierre: democracia soberana en lo político, pero estancada en lo econó-

mico, formada por pequeña propiedad rural y pequeña burguesía artesana. La maravillosa savia de vida del socialismo, creador de riqueza, hermosura y alegría, no existía en ellos; en los días terribles ardían con llama seca. Llama de cólera y envidia. Desconocían la seducción, la poderosa suavidad de un ideal nuevo.

Sin embargo, apenas empieza á apaciguarse y á fijarse la sociedad burguesa, asoma el pensamiento socialista. Después de Babeuf, desde 1800 á 1848, aparecen Fourier, Saint-Simon, Proudhon y Luis Blanc. En tiempo de Luis Felipe surgen las insurrecciones obreras de Lyon y París. En cuanto vence definitivamente la Revolución francesa, dicen para sí los proletarios: ¿De dónde dimana nuestro padecer? ¿Qué otra nueva revolución habrá que llevar á cabo? En las ondas de la revolución burguesa, al principio hirviendo y turbia, más tranquila y clara ahora contemplan su rostro extenuado, y se asustan. Pero antes de 1848 á pesar de la multiplicidad de sistemas socialistas y de rebeliones obreras, continúa intacta la dominación burguesa.

No cree posible la burguesía que se le escape el poder ni que se transforme la propiedad en tiempo de Luis Felipe; tiene fuerzas para luchar á un tiempo contra nobles y curas y contra los obreros. Sofoca los levantamientos legitimistas del Oeste, lo mismo que las rebeliones proletarias de las grandes ciudades hambrientas. Cree ingenuamente, orgullosa como Guizot, que es el pináculo de la historia, que resume el esfuerzo secular de Francia, y que es la expresión social de la razón. Por su parte, los proletarios, á pesar de las zozobras de la miseria y del hambre, no son revolucionarios conscientes. Apenas entrevén la posibilidad de un orden nuevo. En la clase intelectual sobre todo, es donde empiezan por reclutar adeptos las utopías socialistas. Además, los sistemas socialistas están muy impregnados de pensamiento capitalista, como en Saint-Simon ó de pensamiento mezquinamente burgués, como en Proudhon. Fué necesaria la crisis revolucionaria de 1848 para que la clase obrera tuviera conciencia de sí misma, y llevara á cabo como dice Proudhon, su escisión definitiva respecto á los otros elementos sociales.

Y aun el segundo período, comprendido entre Febrero de 1848 y Mayo de 1871, entre el gobierno provisional y la represión sangrienta de la Commune, es turbio é incierto. Verdad es que ya se afirma el socia-

lismo como fuerza y como idea, y el proletariado como clase. La revolución obrera se yergue tan amenazadora contra el orden burgués que las clases directoras coaligan contra ella á todos los poderes burgueses y á los propietarios rurales, enloquecidos por el espectro rojo. Pero todavía hay indecisión y confusión en las doctrinas socialistas; en 1848 luchan desesperadamente el comunismo de Cabet, el mutualismo de Proudhon y el estadismo de Luis Blanc y sigue estando blando y sin acabar el molde del pensamiento en que ha de tomar forma la fuerza obrera; los teóricos se disputan el metal derretido que sale del horno, y mientras riñen, guiada la reacción por el hombre de Diciembre, quitan todos los moldes bosquejados y se enfría el metal. Hasta en tiempos de la commune, blanquistas, marxistas proudhonianos, suprimen direcciones divergentes al pensamiento obrero; nadie puede suponer cuál de los ideales socialistas habría aplicado la Commune vencedora.

Además hay mezclas y perturbaciones en el movimiento, lo mismo que en la idea. En 1848, preparan la revolución la democracia radical de los burgueses chicos, más y mejor quizás que el socialismo obrero, y en las jornadas de Junio la democracia burguesa tiende en las abrasadas calles de París á los proletarios. También en 1871 brotó el movimiento en la Commune de una sublevación de la burguesía comercial, irritada por la ley de los vencimientos y por la dureza de los hidalgillos de Versalles, y de la exasperación patriótica y desconfianzas republicanas de París.

No tardó el proletariado socialista en poner su señal revolucionaria en aquella confusión, y Marx acertó al decir, en su robusto y sistemático estudio sobre la Commune, que con esto tomó posesión del poder, por primera vez, la clase obrera. Hecho nuevo y de gran alcance aunque el proletariado se aprovechó de una especie de sorpresa; era, en la capital aislada y sobreexcitada, la fuerza mejor organizada y más aguda; pero aún no estaba en situación de asimilarse y arrastrar á toda Francia; pertenecía ésta á los curas, á los grandes propietarios territoriales y á la burguesía, cuyo jefe era Thiers. Fué la Commune como una punta calentada hasta el rojo, que se quiebra contra un gran pedrusco refractario. Pero desde 1848 hasta 1871, el progreso es inmenso. En 1848, la participación del proletariado en el poder es casi ficticia; Luis Blanc y el obrero Albert están paralizados en el gobierno provisional, y una burguesía pífida organiza contra ellos la trampa en los talleres nacionales. Discuten platónicamente los socialistas en el Luxemburgo abdicar y se resignan á no ser más que una academia impotente; sin fuerza para obrar, disertan. Luego, cuando la engañada clase obrera se subleva en Junio, es derrotada antes de lograr tocar el poder ni un minuto. En 1871 los hijos de los combatientes de Junio han conseguido el poder; lo han ejercido, no han sido el motín, sino la revolución.

Los proletarios llegados al gobierno pudieron ser precipitados de él, pero dieron á las mismas generaciones una alta señal de esperanza que fué comprendida. La Com-

mune cierra el segundo período en que el socialismo se afirma como fuerza de primer orden, confusa y convulsiva, todavía, pero también es la Commune la que ha hecho posible el período nuevo, en el cual hemos entrado todos, y procede metódicamente el socialismo á la organización total de la clase obrera, á la conquista moral del campesino tranquilizado, al reclutamiento de la burguesía intelectual, desengañada del poder burgués y á la toma de posesión completa del poder con formas nuevas de propiedad y de ideal.

Ahora ya no es de temer la confusión; hay en la clase obrera y el partido socialista unidad de pensamiento. A pesar de los choques de grupos y rivalidades superficiales, todas las fuerzas proletarias están unidas en el fondo por una misma doctrina. Si mañana se apoderara el proletariado del poder por completo, podría hacer de él uso definitivo y decisivo. Seguramente habría conflictos de tendencias. Querrían unos fortalecer y extremar la acción central en la comunidad, anhelarían otros asegurar á los grupos locales de trabajadores la autonomía más amplia posible. Para reglamentar las nuevas relaciones de la nación, de las federaciones profesionales, de los municipios, de los grupos locales de los individuos, para fundar á un tiempo la perfecta libertad individual y la solidaridad social, para dar forma jurídica á las innumerables combinaciones de la propiedad social y de la acción de los individuos, será necesario un esfuerzo inmenso de pensamiento, y en esa complejidad habrá desacuerdos, pero á pesar de todo, un espíritu común mueve hoy á los socialistas, á los proletarios; el socialismo ya no está disperso en sectas hostiles é impotentes. Es cada vez más una gran unidad viviente y que multiplica sus tomas de vida. De él esperan su renovación y su vuelo todas las grandes fuerzas humanas, el trabajo, el pensamiento, la ciencia, el arte, la misma religión, entendida como toma de posesión del Universo por la humanidad.

¿Cómo, á través de qué crisis, por qué esfuerzos de los hombres y evolución de las cosas ha crecido el proletariado hasta el papel decisivo que representará mañana? Eso es lo que nos proponemos referir nosotros, socialistas militantes. Sabemos que las condiciones económicas, las formas de la producción y de la propiedad son el fondo mismo de la historia, y así como para la mayor parte de los individuos humanos lo esencial de la vida es el oficio, y así como el oficio que es la forma económica de la actividad individual, suele determinar las costumbres, los pensamientos, los dolores, las alegrías y hasta los ensueños de los hombres, así en cada período de la historia la estructura económica de la sociedad determina las formas políticas, las costumbres sociales y hasta la dirección general del pensamiento. Por eso trataremos en cada época de este relato de descubrir los fundamentos económicos de la vida humana. Procuraremos seguir el movimiento de la propiedad y la evolución de la técnica industrial y agrícola. Y á grandes rasgos, como es natural en un cuadro forzosamente sucinto, señalaremos la influencia del estado económico en los gobiernos, las literaturas y los sistemas.

Pero no olvidemos que las fuerzas económicas actúan sobre hombres, como no lo olvidó el mismo Marx, empujados muchas veces por intérpretes mezquinos. Y los hombres tienen una diversidad prodigiosa de pasiones y de ideas, y la complicación casi infinita de la vida humana no se deja reducir brutal y mecánicamente á una fórmula económica. Además, aunque el hombre vive principalmente de la humanidad, aunque sufre sobre todo la influencia envolvente y continua del medio social, vive también por los sentidos y por el espíritu en un medio más vasto, que es el universo.

Indudablemente la luz de las estrellas más lejanas y más extrañas al sistema humano no despierta, en la imaginación del poeta, más que sueños conformes con la sensibilidad de su tiempo y con el secreto profundo de la vida social, como el rayo de la luna forma con la humedad oculta de la tierra la neblina leve que flota por encima del prado. En este sentido, hasta las vibraciones estelares, por altas é indiferentes que nos parecen, están armonizadas y apropiadas por el sistema social y por las fuerzas económicas, que la determinan. Al entrar Goethe cierto día en una fábrica, sintió asco de sus ropas, que exigían tan formidable aparato de producción. Y sin embargo, á no ser por aquel primer desarrollo industrial de la burguesía alemana, el antiguo mundo germánico, soñoliento y dividido, no habría podido experimentar ni comprender aquellas magníficas impaciencias de vida que hacen estallar el alma de Fausto.

Pero sea cual fuere la relación del alma humana en sus sueños más audaces ó más sutiles con el sistema económico y social, llega más allá del medio humano, en el inmenso medio cósmico. Y el contacto con el universo hace vibrar en ella fuerzas hondas y misteriosas, fuerzas de eterna vida que preceden á las sociedades humanas y que vivirán más que ellas. Tan vano y falso sería, por consiguiente, negar la dependencia del pensamiento respecto á la vida económica y de las fuerzas precisas de la producción, como pueril y grosero explicar sumariamente el movimiento del pensar humano sólo por la evolución de las formas económicas.

El espíritu del hombre se apoya con mucha frecuencia en el sistema social para resistirlo y vencerlo, de modo que entre el espíritu individual y el poder social hay á un tiempo solidaridad y conflicto. El sistema de las naciones y monarquías modernas, emancipadas á medias de la Iglesia, ha dado libertad á la ciencia de Kepler y de Galileo, pero puesto ya en posesión de la verdad, el espíritu ya no depende del principio, ni de la sociedad, ni de la humanidad; la verdad misma, ordenada y enlazada con otras, es la que se convierte en medio inmediato del espíritu, y aunque Kepler y Galileo apoyaran sus observaciones y trabajos astronómicos en los cimientos del Estado moderno, ya no dependían, hechos sus cálculos y observaciones, más que de ellos mismos y del universo. Abrióse el mundo social en que habían encontrado punto de apoyo para volar, y su pensamiento ya no conocía otras leyes que las de la inmensidad sideral.

Siempre procuraremos hacer que se note esa alta dignidad del espíritu libre (emanci-

pado de la humanidad misma por el universo eterno) á través de la evolución semimecánica de las formas económicas y sociales. No nos podrán reconvenir ni los teóricos marxistas intransigentes. Marx, en una página admirable, ha declarado que hasta ahora las sociedades humanas no han sido gobernadas más que por la fatalidad, por el movimiento ciego de las fuerzas económicas: las instituciones y las ideas no han sido obra consciente del hombre libre, sino reflejo de la inconsciente vida social en el cerebro humano. Estamos aún, según Marx, en la prehistoria. La historia humana no empezará de veras hasta que el hombre, escapándose de la tiranía de las fuerzas inconscientes, gobierne la producción con su razón y su voluntad. Entonces ya no sufrirá su espíritu el despotismo de las formas económicas, creadas y dirigidas por él, y contemplará libremente el universo. Marx entrevió un período de completa libertad intelectual, en que el pensamiento humano, no deformado por servidumbres económicas, no deformará el mundo. Pero seguramente no duda Marx de que ya, en las tinieblas del pensamiento inconsciente, elevados espíritus han alcanzado la libertad, anuncian y preparan la humanidad. A nosotros nos corresponde recoger esas primeras manifestaciones de la vida del espíritu; éstas nos permiten sentir la gran vida ardiente y libre de la humanidad comunicada que, emancipada de todo vasallaje, se apropiará el universo por la ciencia la acción y el pensamiento. Es como el primer estremecimiento que en la selva humana no mueve más que algunas hojas, pero que anuncia los grandes soplos próximos y las grandes conmociones.

Por eso nuestra interpretación de la historia será materialista con Marx y mística con Michelet. La vida económica ha sido el fondo y resorte de la historia humana; pero á través de la sucesión de las formas sociales, el hombre, fuerza pensadora, aspira á la vida cumplida del pensamiento, á la comunión ardiente del espíritu inquieto, ávido de unidad y del misterioso universo. Decía el gran místico de A'ejandria: «Las altas olas del mar han levantado mi barco, y he podido ver el sol naciente cuando surgía de las olas». Del mismo modo, las vastas olas de la revolución económica, levantarán la barca humana para que el hombre, pobre pescador, cansado de un largo trabajo nocturno, saludé desde más arriba la primera claridad crepuscular, la luz primera del espíritu creciente que se nos va á aparecer.

Y tampoco desdeñaremos á pesar de nuestra interpretación económica de los grandes fenómenos humanos, el valor moral de la historia. Sabemos, ciertamente que las hermosas frases de libertad y humanidad han cubierto, con harta frecuencia, desde hace un siglo, un régimen de explotación y opresión. La Revolución francesa proclamó los derechos del hombre; pero las clases poseedoras han comprendido en ello solamente los derechos de la burguesía y del capital.

Han proclamado que los hombres eran libres, cuando los poseedores no tenían sobre los no poseedores otro medio de dominio que la misma propiedad; pero la propiedad es la fuerza soberana que dispone de todas las demás. El fondo de la sociedad burguesa es

un monstruoso egoísmo de clases complicado con hipocresía. Pero ha habido horas en que la Revolución naciente confundía con el interés de la burguesía revolucionaria el interés de la humanidad, y un entusiasmo humano verdaderamente admirable llenó más de una vez los corazones. Asimismo, en los innumerables conflictos provocados por la anarquía burguesa en las luchas de partidos y clases, abundan los ejemplos de altivez, valentía y alientos. Saludaremos con igual respeto á todos los héroes de la voluntad, y elevándonos por encima de las peleas sangrientas, glorificaremos á un tiempo á los republicanos burgueses próscritos en 1851 por el golpe de Estado triunfante, y á los admirables combatientes proletarios que cayeron en Junio de 1848.

Pero á nadie podrá parecerle mal que atendamos, sobre todo, á las virtudes militantes de ese proletariado que, abrumado, ha dado muchas veces su vida durante un siglo por un ideal oscuro todavía. No sólo se llevará á cabo la revolución social por la fuerza de las cosas, sino por la fuerza de los hombres, por la energía de las conciencias y las voluntades. La historia nunca dispensará á los hombres de la valentía y nobleza individuales. Y el nivel moral de la sociedad comunista de mañana lo señalará la altura moral de las conciencias individuales en la clase militante de hoy. Proponer como ejemplo á todos los combatientes heroicos que, desde hace un siglo, sienten la pasión de la idea y sublime desprecio hacia la muerte, será obra revolucionaria. No

## La política del terror: Robespierre y Saint-Just

Cuando después de la eliminación del hebertismo y del dantonismo queda Robespierre realmente único dueño de la política responsable de los acontecimientos, no tiene más que un medio de gobernar en efecto, de agrupar los espíritus en torno suyo: decir claramente hacia dónde quiere llevar la Revolución, y no lo dice, y se encuentra con que á su lado el valeroso Saint-Just, como si renunciase á desafiar á la muerte, aconseja el silencio y la espera. Funestas contemporizaciones que dejan producirse todas las inquietudes. Además, después de las grandes y sangrientas depuraciones de Germinal, el deber de Robespierre estaba en tranquilizar á los revolucionarios. Rotas las facciones, no existía ningún interés en encarnizarse sobre los individuos, aunque hubiesen pertenecido á estas facciones aunque hubiesen practicado la más detestable de las políticas. Robespierre sabía esto y limitó lo más posible el sacrificio. Salvó á los setenta y tres girondinos. Se opuso á que Boulanger, Pache y Henriot quedasen incluidos en la proscripción de los hebertistas. No tocó á Carrier, á pesar del horror que le inspiraban sus crímenes de Nantes. No se levantó en el comité de Salud pública contra Collot d'Herbois. Pero no bastaba con no haber tocado á estos hombres. Había que darles confianza en el porvenir. Precisaba darles la impresión y hasta la certidumbre de que sus excesos se imputarían á la fiebre revolucionaria y que

nos riamos de los hombres de la Revolución que leían las *Vidas* de Plutarco; seguramente los hermosos arranques de energía interior que así suscitaban en sí mismos, no hacían variar mucho la marcha de los sucesos, pero, á lo menos, aquellos hombres permanecían erguidos entre la tempestad, no ostentaban, al resplandor de las grandes tormentas, rostros descompuestos por el miedo. Y si la pasión por la gloria animaba en ellos la pasión por la libertad, ó el valor en el combate, nadie los censurará por eso.

Procuraremos, pues, en esta historia socialista, que llega desde la revolución burguesa hasta el período preparatorio de la revolución proletaria, no prescindir de nada de cuanto constituye la vida humana. Trataremos de comprender y traducir la evolución económica fundamental que gobierna las sociedades, la ardiente aspiración del espíritu hacia la verdad total, y la noble exaltación de la conciencia individual que desafia al padecimiento, á la tiranía y á la muerte. Extremando el movimiento económico, es como el proletariado se emancipará, convirtiéndose en humanidad. Es necesario que adquiera clara conciencia en la historia del movimiento económico y de la grandeza humana. Aventurándonos á sorprender al lector con la disparidad de tres nombres grandes, diremos que querríamos escribir, bajo la tupida inspiración de Marx, Michelet y Plutarco, esta modesta historia, en que cada uno de los militantes-colaboradores pondrá su matiz de pensamiento; pero todos la misma doctrina esencial y la misma fe.

no se les harían pagar, una vez esta fiebre decayese, las violencias tal vez inevitables de los días malos. Convenía también disipar los temores de los que habiendo cedido, como Tallien en Burdeos, con su bella amiga la Cabarrus, al deslumbramiento del poder y del placer, veían en las palabras demasiado á menudo repetidas de austeridad, de virtud de moral, una amenaza á su vida.

O Robespierre se condenaba á la política de cadalso perpetuo, ó era necesario que anunciara, que practicara una amplia amnistía revolucionaria para todos los extravíos del Terror, para sus frenesis sensuales y para sus frenesis sangrientos. Y todas las energías de revolución que por un momento fueron ó suscitadas por un fanatismo de violencia ó corrompidas por una borrachera de pasión y de voluptuosidad, debían esperar un puesto en el nuevo orden revolucionario más tranquilo, más ordenado y más puro.

En fin, cuanto más poderoso era Robespierre, más impotaba que tuviese miramientos al amor propio de sus colegas del comité de Salud pública y del comité de Seguridad general, que les asociara á todos sus pensamientos y á todos sus actos. ¿Cómo podía apaciguar y organizar la Revolución sin el concurso del comité de Salud pública? ¿Y cómo podía llevar hacia una amplia política á fanáticos sombríos como Collot d'Herbois si no se los atraía poco á poco por la confianza, la franqueza y la cordialidad?

Robespierre no supo imponer alrededor suyo la confianza. En la ruda lucha en que tantas responsabilidades sangrientas tuvo que asumir, su orgullo había crecido aún más. En Agosto de 1793 había exclamado:

«La Revolución está perdida si no se levanta un hombre.»

Se había levantado el hombre, pero obligado á poco á poco á descender golpes por todos lados y á ser en cierto modo el distribuidor de la muerte, había contraído su frente una arruga de altanera tristeza. No estaba hecho para estas comunicaciones cordiales, que eran, no obstante, en aquella fecha, la condición absoluta del éxito de su política. Había sufrido en su dignidad, en su amor propio, en su puro amor á la Revolución, por las violencias atroces que habían deshonrado al gobierno revolucionario. No lograba olvidarlas. Las detestaba tanto más cuanto que no habiendo podido impedir las, podía parecer solidario de ellas, y en el fondo de su corazón buscaba el medio de romper ante la historia esta solidaridad; deplorable tentación del orgullo y de la virtud. Se acordaba desesperadamente de todo en el momento en que habría sido necesario olvidar mucho. Y á veces los que él despreciaba y odiaba sorprendían en su cara el inquietante reflejo de un pensamiento profundo.

En fin, y es el terrible rescate del cadalso, la muerte había sido tan á menudo durante dos meses el expediente supremo, la gran solución que á cada problema que agitaba el espíritu sin saber cómo resolverlo venía á ofrecerse con una especie de familiaridad obsesiva. O bien haría entrar en razón á los perversos y á los corrompidos que manchaban la Revolución, ó abriría á los hombres virtuosos este asilo de inmortalidad á que aspiraban. A veces también una inquietud que se parecía á un remordimiento sorprendía á Robespierre y á Saint-Just. ¡Cómo! ¡Vergniaud estaba muerto, y muerto por ellos! ¡Danton fué al cadalso, y ellos tuvieron la culpa! ¡Desmoulins ya no existía, y ellos le abrieron la tumba! Y en voz baja, en estas horas de angustia, ellos mismos se ofrecían á la muerte para absolverse por haberla llamado tan á menudo contra compañeros de lucha, contra amigos suyos.

Saint-Just quería vivir: comprendía bien que la política de la muerte era la negación de la Revolución, que ni siquiera las sombras ilustres podrían defenderla. Y con todo estaba como obsesionado por el fantasma de los que había enviado al cadalso. ¡Y qué punzante mezcla de melancolía y de orgullo en las líneas que ha trazado después de la muerte de Danton!

«Tenía idea de que la memoria de un amigo de la humanidad debe ser querida algún día, porque el hombre obligado á aislarse del mundo y de sí mismo echa su ancla en el porvenir y apretuja contra su corazón á la posteridad, inocente de los males presentes.»

Saint-Just subraya en estas palabras el llamamiento á un hombre desarraigado ya de la vida:

«Dios, protector de la inocencia y de la verdad, ya que me colocaste entre perversos, sería sin duda para que les arrancase la careta.

«La política había contado mucho con la

idea de que nadie se atrevería á atacar á hombres célebres rodeados de gran aureola... He dejado á mi espalda todas estas debilidades; ya no amo más que la verdad en el universo, y esta verdad te la he dicho...

«Las circunstancias no son difíciles sino para los que retroceden ante la tumba (subrayado por Saint-Just). Yo imploro esta tumba como un bien que me haría la Providencia para no tener que ser testigo de las maldades tramadas contra mi patria y la humanidad.

«Poco es abandonar una vida desgraciada en la cual está uno condenado á vegetar, cómplice ó testimonio impotente del crimen...

«Desprecio el polvo de que estoy formado; este polvo podrá ser perseguido y hacerle morir; pero desafío á que me arranquen esta vida independiente que me he trazado en los siglos y en los cielos.»

Es una exaltación sombría y esterilizadora. Estos hombres tenían los ojos como fascinados por la puerta de la muerte, que tan á menudo abrieron para los demás. Y en el momento en que convendría inspirar confianza en la Revolución y en la bondad de la vida y serenar los corazones obsesionados con recuerdos sangrientos, sólo buscan descansar en la tumba.

Sin embargo, Robespierre no podía permanecer en este estado suspensivo. La Revolución, Francia y Europa esperaban de él una palabra, una señal. Su primer acto grande fué una falta. En el mes de Floreal propuso á la Convención, y lo hizo aceptar, después de un largo y elocuente discurso, el reconocimiento oficial del Ser Supremo y de la inmortalidad del alma. Si fué una falta política decisiva. Y no porque estas afirmaciones deístas chocasen con la razón de la mayor parte de los franceses. Raros eran los ateos y los materialistas. Los mismos que, como Danton, debían decir ante el tribunal revolucionario: «La nada será pronto mi morada», habían creído político hablar de Dios. El panteísmo materialista podía también aceptar la palabra Dios é interpretarla. Los más deístas, como el antiguo redactor del *Diario de la Montaña*, Laveaux, estaban muy cerca de confundir á Dios con «el orden de la Naturaleza». Y la misma Convención había decretado una «fiesta al Ser Supremo y á la Naturaleza». Tal vez si entonces el socialismo hubiese llegado á una idea clara, á tener una clara y profunda conciencia de sí mismo, habría objetado que el Dios exterior y superior al mundo, invocado por Robespierre para completar ó enderezar la humana justicia, rompía la solidaridad de los hombres en el espacio y el tiempo. Hacía justicia á cada uno de ellos individualmente, y todas estas almas separadas, todos estos espíritus cuyo destino se cumplía fuera de la humanidad parecía que rebajaban la sociedad humana, ya que fuera y encima de ella es donde encontraban la felicidad y el derecho. Pero el comunismo no tenía todavía su fórmula y no había podido moldear una metafísica del mundo.

De otra parte, los que, como Condorcet, no querían otro Eliseo que el que la razón sabía crearse, eran una minoría ínfima y verdaderamente de poca monta. La gran crisis revolucionaria había exaltado en muchas almas el sentido de la vida inmortal. Los cristianos que se habían dejado invadir por

la indiferencia del siglo, en la dura prueba volvían á encontrar el ardor de su fe. ¡Cuántos desde la carreta que les llevaba al cadalso buscaron con los ojos entre la multitud al sacerdote refractario que les había prometido una señal de reconciliación eterna! También los revolucionarios en quienes Rousseau había insinuado la idea de la inmortalidad como un vago ensueño moral, se aferraban á ella con todo el frenesí de la vida amenazada. El cadalso llenaba la ciudad con brillo de inmortalidad. En sus supremas palabras ó en sus desesperados escritos, los girondinos atestiguaron su fe en Dios y en el alma inmortal. Desde su prisión, Camilo Desmoulins pedía á su esposa Lucila el libro de Platón sobre la inmortalidad del alma. A muchos espíritus exaltados por la desgracia, por el heroísmo y por la gloria, aparecía la inmortalidad como la cita sublime que se daban los héroes de todos los siglos: Carlota Corday, con una serenidad antigua, decía que iba á reunirse en los Campos Eliseos con todos los que murieron en todos los países y en todos los tiempos por la libertad y por la patria. El paraíso cristiano parecía eclipsado, como una especie de zona intermedia oscura, por la gran luz de gloria inmortal que irradiaba de la Roma antigua y de la Francia moderna. De Decio ó de Lucrecia á Carlota Corday, los Campos Eliseos formaban como un paseo luminoso, continuo y sereno, que los siglos de la Edad Media no interrumpían.

Y Saint-Just, en el grito doloroso y soberbio que acabo de citar, parece confundir la inmortalidad del espíritu y la inmortalidad de la gloria: «... La vida independiente que me he trazado en los siglos y en los cielos...»

Hasta en el decreto de la Convención no había abdicación, sino al contrario, orgullo de la razón y de la libertad. Parecía que el reconocimiento de Dios por la Francia revolucionaria se agregaba á los títulos de Dios. Y cuando en sus *Instituciones* Saint-Just habla del Eterno y de la inmortalidad, diríase que somete los juicios del mismo Dios á los decretos del pensamiento revolucionario:

«El pueblo francés reconoce el Ser Supremo y la inmortalidad del alma... El alma inmortal de los que han muerto por la patria, de los que han sido buenos ciudadanos, que han amado á sus padres y no les han abandonado nunca, está en el seno del Eterno».

Antes que Dios, es la Revolución la que prepara la partida para la eternidad á los buenos y á los malos, y el cielo no es más que una especie de Panteón invisible donde Dios reside, pero del que la Revolución tiene las llaves y abre las puertas á los que ella misma ha marcado la frente con la señal de la inmortalidad.

Así, pues, si el acto de Robespierre fué peligroso y malo, no es porque estuviese en contradicción violenta entre las fórmulas deistas que imponía y el estado de espíritu del pueblo francés. No; pero en primer término, organizando la fiesta al Ser Supremo, promulgando un dogma filosófico y organizando una especie de culto, parecía que quería atraerse y hacerse suyos nuevos poderes. Era, en efecto, el jefe del poder civil; se podía creer que trataba de convertirse en jefe de un poder religioso, y las desconfianzas se despertaban. Además, en acecho siempre los

curas del equívoco que podría serles útil, iban repitiendo que este Ser Supremo no era, después de todo, otra cosa que el Dios del cristianismo. La fiesta del Ser Supremo se les aparecía como una transición hacia la glorificación oficial de Jesús. Y Robespierre daba así más alas á la esperanza contrarrevolucionaria de lo que había hecho *El Viejo Cordelero*.

En fin, después de haber aplastado al hebertismo como facción, Robespierre se encarnizaba todavía en tomar sobre el espíritu hebertista una especie de desquite póstumo, terrible amenaza para los supervivientes.

El comité de Salud pública dejó hacer. Pero ni Billaud-Varennes, ni Collot d'Herbois, ni Barère, aprobaron en el fondo esta manifestación, que marcaba sobre todo la tendencia religiosa particular de Robespierre. No se había atrevido á abordar de frente el problema. No había dicho á estos millares de hombres que tenían confianza en él: «Por estos caminos debe pasar la Revolución.» No; preparaba un alto revolucionario, desviando los espíritus hacia ideas que él juzgaba grandes; por una especie de derivación religiosa y moral, quería calmar la fiebre revolucionaria. Pero eran estos caminos oscuros y profundos. Y Robespierre se aislaba, se singularizaba, en el crítico momento en que habría debido conciliar, atraerse todas las fuerzas revolucionarias, mezcla de bien y de mal.

Desde este momento los corazones se agrian, se desvían, y la semilla de las inquietudes y de las desconfianzas fermenta de nuevo en la Revolución. En un día espléndido de Prairial fué cuando Robespierre, presidente de la Convención, dirigió el cortejo que llevaba á Dios el reconocimiento oficial de la Revolución. Corta fué la alegría que se dibujó en su semblante. Algunos murmullos y algunos apóstrofes de diputados le advirtieron la subida de los odios y de los temores. Marchaba adelantándose un poco á la Convención: «¡He aquí el dictador! ¡Quiere llamar él solo la atención del pueblo! ¡No le basta ser rey! ¡Quiere ser Dios!»

Abriéndose de nuevo y de repente los abismos. ¡Cómo! ¿Sería necesario matar más aún? ¿Verter más sangre? Sí; Robespierre quiere matar; quiere anticiparse á sus enemigos que querían adelantarse, y en este circuito cerrado de desconfianzas y de terrores la corriente de la muerte iba á pasar de nuevo.

Pero ahora, como atacado por la fiebre, Robespierre quiere acabar de una vez: ilusión lúgubre y siempre renaciente. Quiere precipitar la marcha de la justicia revolucionaria y desembarazarla de todo obstáculo para que pueda descargar golpes decisivos. Primeramente, las prisiones están demasiado llenas y Robespierre no puede ya abrirlas más ni siquiera por el comité de Justicia que oponía al comité de Clemencia de Camilo Desmoulins. Demasiado despertó, con su malhadada fiesta al Ser Supremo, la esperanza de la contrarrevolución y la sospecha de los revolucionarios exaltados. Es necesario que mate á la contrarrevolución para poder tener la fuerza y el derecho de castigar mortalmente á los revolucionarios que le amenazan, á los restos del hebertismo, tal vez á una parte del comité. Así recomienza, con

una monotonía siniestra, el juego de báscula que abatió á hebertistas y dantonistas en un mismo cadalso. Pero esta vez tiene necesidad de un instrumento de muerte más espantosamente equívoco.

Cuando había partidos, facciones, se les podía herir con definiciones generales, pero bastante precisas. Todo partido tiene sutendencia, su característica, que el juez revolucionario puede captar. Pero cuando las facciones están rotas, cuando el poder revolucionario no teme más que los odios individuales, las intrigas oscuras y cambiantes, los grupos inciertos, es necesario que la ley de muerte sea deforme, como es deforme la conspiración temida.

Robespierre, por su impotencia al siguiente día de su victoria sobre el hebertismo y el dantonismo, por las desconfianzas que su malhadada inspiración deista había despertado, se había obligado á continuar matando, y precisaba que matase al mismo tiempo, con una misma ley, en una confusión espantosa, á los contrarrevolucionarios, á los sospechosos detenidos en las prisiones y á los hombres como Carrier, como Fouché, como Barras, á los que él metía miedo y á quienes temía.

En su supremo discurso de Termidor, dirá una palabra que es la clave de estos días sombríos: «La caída de las facciones ha puesto en libertad todos los vicios.» Con esto quería decir que el poder revolucionario, cuyo más alto representante era, estaba amenazado, no ya por sistemas políticos, sino por la intriga dispersada de los egoísmos, de las codicias y de los temores. Necesitábase que la ley de muerte pudiera insinuarse hasta en la diversidad de los corazones. Y para que pudiera adaptarse á todas las formas, precisaba que ella misma no tuviese forma, que fuese una especie de espectro ambiguo que reclutaría sus víctimas en un mismo día en las prisiones, en la Montaña de la Convención y en el comité de Salud pública.

Es la ley de Prairial. Se resume creando delitos terriblemente vagos dispensando á la acusación casi de toda prueba y retirando al acusado todo medio de defensa:

«El tribunal revolucionario está instituido para castigar á los enemigos del pueblo.»

«Los enemigos del pueblo son los que buscan aniquilar la libertad pública, sea por la fuerza, sea por la astucia.»

«Los enemigos del pueblo son los que provoquen el restablecimiento de la realza ó traten de envilecer ó disolver la Convención nacional y el gobierno revolucionario y republicano, cuyo centro es.»

«Los que traicionen á la República en el mando de las plazas y de los ejércitos y en cualquier otra función militar...»

«Los que impidan el aprovisionamiento de París ó causen carestías en la República.»

Verdaderamente, con delitos tan vagos no había un sólo hombre en Francia, contrarrevolucionario ó revolucionario, que no estuviese amenazado por la ley del 22 Prairial. ¡Y qué procedimiento tan sumario! ¡qué sanción tan terrible!

Desde ahora, y en cualquier hipótesis, Robespierre está perdido. Esta ley demuestra que era incapaz para resolver la inmensidad del problema y de los acontecimientos, y que

el mismo vacío que dejó la desaparición de los adversarios le causaba vértigos.

El exceso del Terror debía conducir á su abolición. Robespierre soñó con intensificar el terrorismo, concentrarlo en pocas semanas espantosas é inolvidables, para tener la fuerza y el derecho de acabar con el terrorismo. Diluyendo el Terror, prolongándolo, se corría el riesgo de enervar para siempre la Revolución. Que todo el espanto se agrupe en pocos días. ¡Oh muerte, siniestra obrera, apresúrate, haz tu obra aprisa, no descanses día y noche y cuando tu horrible labor haya terminado, se te despedirá definitivamente!

Era un sueño insensato, y mejor que jugar una partida tan desesperada, Robespierre habría debido, aun á riesgo de verse engañado, tener confianza en los supervivientes de las facciones que había desbaratado.

Todos los representantes que en comisión habían, según Robespierre, «abusado de los principios revolucionarios» y comprometido á la Convención con sus crueldades ó con sus desórdenes, Tallien, Barras, Carrier y Fouché, leían en la cara de Robespierre, por impasible é inmovil que estuviese, su sentencia de muerte. Y por instinto dieron con el medio de defensa: Robespierre tendía á la dictadura, ó mejor, la ejercía ya. En la fiesta al Ser Supremo, algunas veces sordas, perceptibles á pesar de todo, habían murmurado á su paso: «Todavía quedan Brutos». La ley de Prairial no obtuvo el asentimiento muy vivo de todo el comité de Salud pública. Robespierre la había redactado junto con Couthon y Saint-Just: los demás habían apegado con ella. Billaud-Varennes y Collot d'Herbois comenzaban á espantarse, éste por su seguridad, aquél por su parte de poder, de la primacía de Robespierre. La Convención votó la ley con una reserva que anulaba casi todo el efecto útil que Robespierre esperaba de ella. Decretó que únicamente la Convención podía proceder al arresto de sus miembros. Robespierre no podría descargar los golpes rápidos y decisivos que meditaba.

Idéntica desconfianza en el comité de Seguridad general, cuya oficina de policía, creada por Robespierre y anexionada por él al comité de Salud pública, había despertado sombras. Robespierre se sintió envuelto por una red de hostilidades, y la ley terrible con la cual contaba para efectuar la liquidación suprema del Terror, quedaba paralizada y falseada entre sus manos.

Desde entonces, y con un repentino cambio de táctica, fingió desinteresarse de ella; desde el momento en que esta ley no podía alcanzar á los principales culpables, los que se sentaban en la Convención, desde el momento en que no podía, en la hora escogida por el propio Robespierre, purificar la Revolución desembarazándola de Carrier, Fouché, Barras, Bourdon del Oise y Tallien, convertíase en un estúpido instrumento de degüello inútil. Convenía, por lo tanto, dejar toda la responsabilidad de su funcionamiento á los que habían contrariado su valor político.

Por su lado, el tribunal revolucionario, como si también hubiese querido evitar las responsabilidades espantosas afectando una apariencia de automatismo, interpretó la ley

como una ley de muerte mecánica. Se trataba de matar lo más posible. Los acusados llenaban todos los días toda una serie de gradas: con una sola palabra se les enviaba al cadalso, y las cabezas caían á centenares. Fué el gran Terror que más víctimas hizo en pocas semanas desde el 22 Prairial al 9 Termidor; no hizo tantas el régimen revolucionario desde Marzo de 1793 al 22 Prairial, año II. En torno de la guillotina había una intriga espantosa. Robespierre no intervenía, no moderaba el juego de la terrible máquina, á fin de significar bien que aquélla no era su máquina, que aquélla ley no era su ley. Y por otro lado, Fourquier-Tinville, el acusador público, y los jurados, fingiendo no ver que la ley había perdido una gran parte de lo que para Robespierre había sido su razón de ser, la hacían funcionar plenamente. Si hacía más odioso á Robespierre sin hacerle más fuerte, tanto mejor; esto les consolaba. Y Robespierre no podía decir: «Sabéis bien que la ley ha perdido su objeto, ya que no puede hacer justicia en los malvados refugiados en la Convención.» No; no podía decir esto, no podía reprobar la máquina estropeada que mataba en su nombre. Sus enemigos no dejaban pasar ni una ocasión de comprometerle y perderle. Metieron gran ruido en torno de la petición de un devoto del Ser Supremo que pedía que no se pudiese profanar el nombre de Dios con juramentos.

¿Iba á renacer, pues, la antigua inquisición? Sí; Inquisición y dictadura, y Robespierre, según palabras de Saint-Just, iba á ser acusado de hacer marchar ante Dios las legiones de Sila.

Una iluminada, una loca Catalina Théos, amiga del benedictino don Gesrle, anunciaba una era mística en que Robespierre sería el salvador de los hombres. El comité de Seguridad general intervino en este asunto ridículo, abultándolo, y trabajo costó á Robespierre poder salvar del cadalso á la profetisa.

¿Preparaba, pues, el incorruptible su tiranía corrompiendo el espíritu de los simples con el fanatismo religioso? Barère, con una especie de apresuramiento ambiguo, alababa cínicamente la ley de Prairial, tal vez para hacer la corte á Robespierre acaso para agravar el terror universal con comentarios de espanto.

«Únicamente — decía con una especie de jovialidad calculada y atroz, — únicamente los muertos no vuelven.»

Billaud-Varennes y Collot d'Herbois ó murmuraban ó en las sesiones borrascosas del comité de Salud pública atacaban á Robespierre. Barère se reservaba. Saint-Just estaba en el ejército. Carnot y Prieur se encerraban en su especialidad militar. Lindet no se ocupaba más que de las subsistencias, y se había negado á firmar la muerte de Danton, diciendo: «Estoy aquí para alimentar á los patriotas y no para matarles.»

Aislado, agriado, Robespierre dejó de comparecer en el comité de Salud pública á principios de Mesidor. Por lo menos dejó de tomar su parte de acción y de responsabilidad. ¿Por qué Hamel se obstina en negarlo? En vano cita unas cuantas firmas puestas por Robespierre en estas últimas se-

manas al pie de algunos acuerdos del comité. Eran su parte de trabajo mecánico.

Pero las deliberaciones políticas quedaron suspendidas. El mismo Saint-Just lo declara en su discurso del 9 Termidor. Robespierre no podía contar ya con la ley de Prairial y había fingido desinteresarse de ella. No pudiendo ya contar con el comité de Salud pública finge desinteresarse también. En cambio va á preparar su desquite. Intentará hacer caer, por otros medios, las cabezas que la ley de Prairial no podía darle. Se asegura del concurso más estrecho de los jacobinos, que continuaban estando unidos de corazón á Robespierre. En él, solo en él veían la democracia, la Revolución soberana y organizada. En él, cada vez más, concentraban la Revolución. La Commune, en la cual el agente nacional Payan ha sustituido á Chaumette y el alcalde Fleuriot á Pache, le es del todo devota. En sus manos está también Henriot, comandante de la guardia nacional. ¿Utilizará la fuerza del pueblo para violentar á la Convención, para arrancarle, contra todos los que él quiere perder, el decreto de acusación cuya iniciativa aquélla se había reservado? No; Robespierre cuenta todavía con la fuerza de su palabra, con su autoridad moral, que la intriga oculta ha podido minar, pero que no ha destruido. En los Jacobinos toma la ofensiva contra Fouché. Le reprocha su política materialista y atea en el Nièvre, le reprocha asimismo, como para mezclar todos los agravios y dar garantías á los revolucionarios, haber maltratado á los demócratas lioneses más fervientes, á los amigos de Chalier.

Fouché se guarda bien de aceptar el combate en campo cerrado en los Jacobinos; sorprendido por el primer ataque é invitado á explicarse en una sesión ulterior, no comparece, pero anuda contra Robespierre los hilos de la conspiración. Por la noche va á advertir á los convencionales que sabe, cree ó quiere creer que están amenazados. Circulan listas de proscripción que el miedo y la intriga aumentan todos los días. ¿Quién sabe si la Convención, en un sobresalto de valor y con el mismo exceso del miedo, no se atreverá á ser la primera en descargar el golpe?

Precisamente en el período en que Robespierre parecía haber retirado su pensamiento del comité de Salud pública, las victorias se sucedían unas á otras más brillantes. El ejército de Sambre y Meuse, constituido bajo el mando de Jourdan, con Kleber y Marceau por tenientes, había acentuado su marcha y el 7 Mesidor se había apoderado de Charleroi, el 8, después de un largo y glorioso combate, desalojaba á los austriacos del campo de batalla de Fleurus y les obligaba á una retirada, y el día 22 entraba triunfalmente en Bruselas. A cada nueva victoria hacíaese más difícil á Robespierre castigar al comité de Salud pública, y por esto Barère dirá más tarde: «Las victorias se encarnizaban sobre Robespierre como furias.» El momento de la crisis ha llegado.

Robespierre va á soñar á Ermenonville, sobre las huellas de Rousseau; va á pedir á la inocencia primera de sus sueños y de sus pensamientos la fuerza de ir hasta el final por el camino sangriento, y el día 8

Termidor presenta la batalla en la Convención. Se queja de que se haya acusado primero al comité de Salud pública de dictadura y de tiranía y que poco á poco esta acusación la hayan concentrado sobre su cabeza. Se lamenta de que para perderle se le atribuya el deseo de llevar á la Convención á destruirse ella misma, á entregarse en detalle. Afirma que estos temores son vanos, que los *bribones* son en pequeño número, y pregunta si la República, que sólo por la virtud podía vivir, se sacrificará á este puñado de *bribones*.

¿Bastará, pues, que la Convención le entregue unas cuantas cabezas para que esta dificultad desaparezca? ¿Cuál será, pues, la política de Robespierre al día siguiente? Y la amenaza apenas disfrazada que el discurso contenía contra Cambon, ¿bastará para que sea posible una nueva política financiera y económica?

Robespierre no nombró á estos *bribones* en pequeño número, y de este modo la amenaza, que él quiso limitar, siendo vaga, era inmensa. No había un convencional que no estuviese debajo de la cuchilla. Y después cuando este *puñado de bribones* haya desaparecido, ¿qué seguridades tiene la Convención de que Robespierre no le pedirá inmediatamente una nueva hornada?

No se por qué dicen Buchez y Roux que la falta decisiva del discurso de Robespierre estaba en no ser más que el prefacio del discurso que Saint-Just quería pronunciar al día siguiente, y en el cual anunciaba que el comité de Salud pública entregaría sus poderes á la Convención. La suprema táctica de Saint-Just estuvo en separarse á medias de Robespierre. Nada autoriza para decir que su discurso fué el pensamiento del mismo Robespierre. Sin duda no estaba dispuesto á disolver el gobierno revolucionario y á volver desarmado en esta Convención donde fermentaban tantas cóleras, rencores y temores. Y si la vaguedad de su discurso del 8 Termidor fué una falta mortal fué también una falta inevitable. Por el camino en que había entrado Robespierre, no podía decir: «Este será el último paso». Se había condenado á reservarse siempre la posibilidad de continuar matando.

Sin embargo, el prestigio de Robespierre no se había aún disipado. Su discurso fué aplaudido. Pero Chalier, Cambon, Amar, Billaud-Varennes que la víspera fué expulsado de los Jacobinos, y Panis se opusieron á que se enviase á los departamentos. Chalier quiso que Robespierre citase nombres: «Cuando uno se vanagloria de tener el valor de la virtud debe tener también el de la verdad. Nombrad á los que acusáis.»

Si Robespierre los nombraba, por pocos que fuesen, como que representaban todas las tendencias de la Convención, toda ésta se sentirá amenazada. Pero si no se atrevía á nombrarlos, ¿qué solución esperaba? Guardó silencio. Briard le destituyó en cierto modo de su dictadura con una frase que restablecía el poder de la Convención:

«Este es un gran proceso que la misma Convención debe fallar.»

Y la Convención acordó que el discurso no se enviaría á los departamentos. Robespierre había hecho el ensayo de su fuerza moral, que no bastó para domar la rebelión de los

convencionales amenazados. Estaba perdido. Por la noche dijo en los Jacobinos, después de haber leído el discurso que acababa de pronunciar en la Convención: «Es mi testamento de muerte.»

Saint-Just, de regreso del ejército, vióse solicitado, en la noche trágica del 8 al 9 Termidor, por los enemigos de Robespierre y por la fracción del comité de Salud pública de la cual era jefe Billaud-Varennes. Saint-Just no quiso traicionar á Robespierre, pero buscó una transacción. Reconoció que Robespierre hizo mal en alejarse durante tanto tiempo de las sesiones del comité de Salud pública, pero acusó á Billaud-Varennes y á Collot d'Herbois de haber intentado, durante la ausencia de Robespierre incomodado, de Saint-Just delegado á los ejércitos, de Juan Bon Saint-André siempre en las costas ó en el mar, de Couthon enfermo, apoderarse del gobierno revolucionario. Su plan parece haber sido renovar el comité de Salud pública, ampliarlo para hacer desaparecer el espíritu de cotarro, y reanimar, con esta misma renovación, el poder de la Convención. Pero había pasado la hora de los proyectos transaccionales, que no habrían tranquilizado á nadie. En efecto ¿quién dominaría en el comité renovado ó completado?

El día 9 Termidor, Saint-Just no pudo leer más que las primeras líneas de su discurso. Entre Robespierre y sus enemigos la batalla se había empeñado á fondo. Billaud-Varennes y Tallien la dirigen.

Tan pronto como Saint-Just, al principio mismo de su discurso hizo alusión á sus controversias con Billaud-Varennes diciendo: «La confianza de los dos comités me honra, pero esta tarde alguno ha lacerado mi corazón, Billaud-Varennes le interrumpió violentamente y se apoderó de la tribuna.

«Sabed, ciudadanos — exclamó, — que ayer el presidente del tribunal revolucionario ha propuesto abiertamente á los jacobinos arrojar de la Convención á todos los hombres impuros, es decir, á todos los que se quiere sacrificar; pero el pueblo está avisado y los patriotas sabrán morir para defender la libertad.

«Sí, sí...», exclama un gran número de convencionales.

Billaud-Varennes continúa: «A nuestros pies se ha abierto un abismo: es necesario llenarlo con nuestros cadáveres ó triunfar de los traidores.»

Robespierre sube á la tribuna para replicar, pero los gritos de «¡abajo el tirano! ¡abajo el tirano!» ahogan su voz. Era el santo y seña concertado en los conciliábulos nocturnos que había multiplicado Fouché. Tallien se lanzó de un salto al lado de Robespierre:

«Hasta aquí me impuse el silencio porque sabía por un hombre amigo del tirano de Francia que éste había formado una lista de proscripción. No he querido recriminar, pero ayer presencié la sesión de los Jacobinos y he temido por la patria. He visto formarse el ejército del nuevo Cronwell, y me he armado de un puñal para atravesarle el corazón si la Convención nacional no tiene el valor de decretar su procesamiento.»

Pero ante todo, los enemigos de Robespierre quieren romper los puntales que éste podría encontrar fuera de la Convención. Tallien pide la detención de Henriot y la

permanencia de la Convención «hasta que la espada de la ley haya asegurado la Revolución». No faltaba ya sino arrestar á Robespierre, pero parece que ante el acto decisivo, la Convención vaciló. ¿No iba á herir de muerte á la misma Revolución?

También la decide y la arrastra, ensalzan por encima de todos los individuos la gloria y la fuerza impersonal de la Revolución.

Denuncia á «este hombre que debiendo ser en el comité de Salud pública el defensor de los oprimidos, que debiendo estar en su puesto, lo ha abandonado durante cuatro décadas, ¿y en qué época? Cuando el ejército del Norte inspiraba vivas inquietudes á sus colegas. Lo ha abandonado para venir aquí á calumniar al comité cuando todos sus miembros han salvado la patria» (grandes aplausos).

Y después de otorgar á los dos comités todo el beneficio de las victorias Tallien concentra sobre Robespierre toda la responsabilidad del Terror:

«Los actos de opresión particular se han cometido durante el tiempo en que Robespierre estuvo encargado de la policía general.» «Es falso», exclama Robespierre.

Subió las primeras gradas de las tribunas, y no pudiendo hacerse escuchar en aquel tumulto, llamó con la mirada á los patriotas de la Montaña. Pero éstos no querían ya conocerle. Ha llegado la hora del abandono. Desvían la cabeza. Después, como queriendo oponer coalición á coalición, Robespierre exclama, dirigiéndose á toda la Convención: «Me dirijo á vosotros, hombres puros, y no á los bandidos.»

¡Pero cómo! la guillotina manejada por un hombre ¿va á encargarse de distinguir los hombres puros de los bandidos?

La tempestad se desata más furiosamente. Robespierre, próximo á naufragar, interpela á Collot d'Herbois, que presidía y que ayudaba al naufragio:

«Presidente de asesinos, ¿me concederás la palabra?»

Pero el dantonista Thuriot pasa á ocupar la presidencia, que abandona Collot. Después de la sombra mezquina de Hébert, preside la gran sombra de Danton. Y es Danton quien dice á Robespierre:

«Tendrás la palabra cuando te toque el turno.»

Pero verdaderamente, ¿habría contestado así el propio Danton? La voz de Robespierre enroquece. Garnier del Aube le grita:

«La sangre de Danton te ahoga.»

Y con un supremo y último esfuerzo de palabra, replica Robespierre:

«Es que queréis vengar á Danton. Cobardes, ¿por qué no le defendisteis entonces?»

Creo sorprender en este apóstrofe supremo el acento de un desesperado pesar. El oscuro Lauchet interviene decisivamente: «Pido el decreto de acusación contra Robespierre.» Se acuerda la detención, y no solamente de Robespierre, sino la de Saint-Just y de Couthon. El hermano de Robespierre y Lebas piden los mismos que se les procese junto con su gran amigo.

Conmovida, pero resuelta á acabar de una vez, la Convención accede á sus instancias: todos juntos descienden á la barra y son entregados á los ujieres, que vacilan en

poner la mano sobre los que hace poco presentaban todavía al gobierno de la Revolución triunfante.

¿Fue por miedo ó ante una orden secreta? Los carceleros de las prisiones negáronse á recibir estos temibles prisioneros. Estos fuéronse al Municipio, y en seguida, á propuesta de Barère, se les puso fuera de la ley. ¿Iban á responder con la fuerza á este decreto? ¿Intentará Robespierre, sostenido por la Commune, los jacobinos y la guardia nacional, violentar á la Convención? Varios amigos suyos le instaron para que obrara en seguida.

Después de algunas vacilaciones, se negó. No se le pedía ya un 31 de Mayo y un 2 de Junio. Al decretar la Convención su arresto, colocándole fuera de la ley, se había empeñado toda entera contra él. Tendría que luchar y vencer á toda la Convención. ¿En nombre de qué principio? ¿En virtud de qué derecho? ¿Y qué haría al día siguiente? No sería más que un dictador perdido en el vacío y pronto devorado por los ejércitos, un sub-Cronwell civil á merced del primer aventurero militar que pretendería corregir el golpe de Estado con otro golpe de Estado: Robespierre esperó. Sin embargo, Barras y Leonardo Bourdon, en nombre de la Convención, recorrían las calles de París, arengando á los ciudadanos contra el tirano, contra el faccioso. Y todos los que estaban cansados de la tensión extrema de las cosas y que de la caída de Robespierre esperaban vagamente no sé qué pacificación de la vida, todos los que se conmovían aún, después de tantas mutilaciones sangrientas, ante el prestigio de la Convención y la palabra ley, se les juntaban. Arrastraron á varias secciones é invadieron el Municipio. De un pistoletazo un gendarme rompe la mandíbula á Robespierre. Couthon resultó herido gravemente de un sablazo. Lebas se levantó él mismo la tapa de los sesos. Saint-Just, orgulloso y estoico, permaneció silencioso é inmovilizado ante los insultos.

Robespierre fué transportado ensangrentado al comité de Salud pública, y allí, tendido sobre una tabla, enjugando con su pañuelo su cruel herida, insensible á los cobardes insultos, se recogió en espera de la muerte. Tal vez aparecióse verdaderamente como una libertadora. La libertadora de un problema en que cumbia su espíritu y de las responsabilidades desproporcionadas al genio humano. Le libertaba también de la turbación que sin duda causáronle el suplicio de Danton y de Camilo Desmoulins. Ya que por la Revolución moría, ¿no tenía el derecho de matar por ella?

El 10 Termidor, á mediodía, por orden de Billaud-Varennes, los presos fueron transferidos á la Conserjería. Era necesario que el itinerario de su supremo viaje les confundiera con todos los que ellos habían enviado á la muerte. A las cuatro fueron conducidos al cadalso. Algunas mujeres bailaban detrás de la carreta y apostrofaban á Robespierre, que sonrió tristemente y sin duda las perdonó. Tenía fe en la justicia del porvenir. Al pasar por delante de la casa de Duplay, un muchacho manchó de sangre la puerta. Robespierre desvió la cabeza, pero ni una lágrima bañó sus ojos. No había cerrado su corazón al dolor, pero ha-

bíalo domado al servicio de la Revolución y la patria.

Está siempre permitido al historiador oponer hipótesis al destino. Le está permitido decir: «He aquí las faltas de los hombres, he aquí las faltas de los partidos», é imaginar que sin estas faltas los acontecimientos habrían tenido otro curso. He dicho cuales fueron, sobre todo después del 31 de Mayo, los servicios inmensos de Robespierre, organizando el poder revolucionario, salvando á Francia de la guerra civil, de la anarquía y de la derrota. He dicho asimismo de qué modo, después de haber aplastado al hebertismo, invadió la duda, la ceguera y el vértigo.

Pero lo que no hay que olvidar nunca cuando se juzga á estos hombres, es que el problema que el destino les había impuesto era formidable y sin duda superior á las fuerzas humanas. Tal vez no le era posible á una sola generación derribar el antiguo régimen, crear un nuevo derecho, suscitar de las profundidades de la ignorancia, de la pobreza y de la miseria un pueblo ilustrado y fiero, hacerle luchar contra el mundo coaligado de los tiranos y de los esclavos, tender y exasperar en este combate todas las pasiones y todas las fuerzas y asegurar al mismo tiempo la evolución del país enardecido hacia el orden normal de la libertad reglamentada. Un siglo ha sido necesario á la Francia de la Revolución y pasar por innumerables pruebas, recaídas de monarquía, despertares de República, invasiones, desmembramientos, golpes de Estado y guerras civiles para llegar al fin á la organización de la República y al establecimiento de la libertad por el sufragio universal. A los grandes obreros de revolución y de democracia que trabajaron y combatieron hace más de un siglo no podemos hacerles responsables de una obra que sólo podían llevar á cabo varias generaciones. Juzgarles como si debiesen cerrar el drama, como si la historia no debiese continuar tras ellos, es una infantilidad y una injusticia. Su obra es necesariamente limitada, pero es grande. Han afirmado la idea de democracia en toda su amplitud. Han dado al mundo el primer ejemplo de un gran país gobernándose y salvándose con la fuerza del pueblo toda entera. Han dado á la Revolución el magnífico prestigio de la idea y el prestigio necesario de la victoria, y han dado á la Francia y al mundo un impulso tan prodigioso hacia la libertad que, á pesar de la reacción y de los eclipses, el nuevo derecho ha tomado definitivamente posesión de la historia.

Este nuevo derecho lo reivindica el socialismo y se apoya en él. Es un partido de democracia en su grado más alto, ya que quiere organizar la soberanía de todos tanto en el orden económico como en el orden político. Y sobre el derecho de la persona humana funda la sociedad nueva, ya que quiere dar á todos los individuos los medios concretos de desarrollo, únicos que le permitirán realizarse por entero.

En plena lucha he escrito esta larga historia de la Revolución hasta el 9 Termidor:

lucha contra los enemigos del socialismo, de la República y de la democracia; lucha entre los socialistas mismos sobre el mejor método de acción y de combate. Y cuanto más avanzaba en mi trabajo bajo los fuegos cruzados de esta batalla, más se afirmaba mi convicción de que la democracia es para el proletariado, una gran conquista.

Es juntamente un medio de acción decisivo y una forma tipo según la cual las relaciones económicas deben ordenarse como las relaciones políticas. De ahí la alegría con que he notado la ardiente corriente de socialismo que salía como de un horno de la Revolución y de la democracia.

Nosotros somos, en un gran sentido, en el sentido en que lo entendía Babeuf evocando á Robespierre, el partido de la democracia y de la Revolución. Pero no nos hemos inmovilizado y helado aquí. No pretendemos fijar la sociedad humana en las fórmulas económicas y sociales que prevalecieron desde 1789 á 1795, y que respondían á condiciones de vida y de producción hoy abolidas. Demasiado á menudo los partidos democráticos burgueses se limitan á recoger al pie del volcán algunos fragmentos de lava enfriada, en recoger un poco de ceniza apagada al rededor del horno. El ardiente metal debe correr por moldes nuevos.

El problema de la propiedad no se plantea, no puede ya plantearse como en 1789 ó en 1793. La propiedad individual podía aparecer entonces como una forma y una garantía de la personalidad humana. Con la gran industria capitalista, la asociación social de los productores, la propiedad común y colectiva de los grandes medios de trabajo, se ha convertido en condición de la universal emancipación. Y para arrancar la Revolución y la democracia á lo que ahora tiene de anticuada y de retrógrada en las concepciones burguesas, es necesaria una fuerte acción de clase del proletariado organizado.

De clase y no de secta, porque es toda la democracia, es toda la vida lo que el proletariado debe organizar, y no puede organizar la democracia y la vida sino mezclándose á ella. Grande y libre acción bajo la disciplina de un claro ideal. Política de democracia y política de clase: he aquí los dos términos, de ningún modo contradictorios, entre los cuales se mueve la fuerza proletaria, y que la historia confundirá un día en la unidad de la democracia social.

De este modo el socialismo está en relación con la Revolución sin encadenarse á ella. Y por esto hemos seguido con espíritu libre y corazón ferviente los heroicos esfuerzos de la democracia revolucionaria.

Traslado á manos de nuestros amigos la antorcha cuya llama han agitado tantos vientos de tempestad y que á sí misma se ha devorado iluminando al mundo trágicamente. Llama atormentada, pero inmortal, que se encarnizará en apagar el despotismo y la contrarrevolución, y que siempre reavivada, se aplicará en una ardiente esperanza socialista. Ahora es en la turbulenta atmósfera de Termidor donde va á debatirse la claridad de la Revolución.

Juan JAURES.

## Una entrevista con Jaurès

(Conclusión)

sala oleosa de arrabal, aquel ser tan blando y tan deferente se transforma y se agiganta. Sus gestos cobran una amplitud que impone. Su palabra, que llega a la vez al sentimiento y á la razón, provoca grandes corrientes de entusiasmo y arrebatada á los grupos y los deslumbra. Su silueta sólida y pesada se inmaterializa y se hace elegante. Se diría que dentro de aquel ser afable y modesto hay otro épicamente grandioso que sólo surge al conjuro de los grandes conflictos.

Sin embargo, si se observa bien, pocos políticos presentan tanta unidad de carácter, de pensamiento y de acción, como este discutido propagandista. La aparente dualidad que acabamos de hacer sentir, no es más que un espejismo sugerido por nuestras costumbres y nuestra manera de encarar las cosas. Imaginamos que quien ejerce una influencia tan segura, exterioriza una acción tan brillante, y pesa de tal modo sobre las decisiones de sus contemporáneos, tiene que mantener en la vida familiar una invariable vibración trágica y resultar en todo momento una especie de Júpiter tonante, una máquina removedora de infinitos. Nada más artificial que esa concepción simplista. Aunque lleve dentro de sí el presentimiento de las inmensidades un hombre es siempre un hombre, es decir, un animal sujeto á exigencias subalternas é inmediatas, distraído por hechos fútiles y sin consecuencia, solicitado por la vida menuda que nos sitúa en todo momento, aun cuando imaginamos bogar en pleno azul. Y la sinceridad de mostrarse así, humano, á pesar de todos los talentos y todos los triunfos, es una de las prendas que hablan más en favor de un gran carácter. Los que representan á todas horas su personaje de inmortalidad, los que se imponen una actitud nebulosa que ofusca á los pobres de espíritu, no son más que incompletos que ocultan sus deficiencias simulando perfecciones. Los temperamentos sólidos que saben lo que pueden y lo que significan, se abandonan bucnamente á su tendencia natural, porque, en vez de tener la vanidad de parecer, tienen la confianza de lo que son.

De ahí que nada resultase más simpático que la simplicidad bonachona con que Jaurès se acurrucó en un ángulo del coche, desenvolvió una manta vieja, puso el sombrero sobre el enrejado, sonrió en su barba conventual y se dispuso á comenzar la charla.

—De la conferencia de Algeciras no puede salir la guerra,—me declaró el leader de la fracción colectivista,—porque en realidad ninguna nación tiene interés en precipitarla. Los reaccionarios de Alemania, como los de Francia, no ocultan, es verdad, su deseo de recurrir á los argumentos últimos; pero los reaccionarios no son más que una minoría tanto de este como de aquel lado de la frontera. El pueblo, la masa, es hostil á todo choque, porque sabe que las grandes convulsiones sólo favorecen en general á los proveedores de los ejércitos, á los grandes industriales y á los políticos imperialistas. Sin

contar con que, aparte de los sacrificios de sangre y de dinero que impone, la guerra compromete dentro de cada país la libertad y las conquistas democráticas. Imaginemos á Francia vencedora, por ejemplo. Dadas las pretensiones y los ideales de cada partido, no es difícil prever que las instituciones republicanas pelearían bajo el sable del general victorioso, que soñaría resucitar las pompas de Napoleón y plantar de nuevo nuestra bandera en todas las capitales de Europa. Supongamos, por el contrario, un triunfo alemán. Los laureles fortificarían el orgullo del kaiser y afianzarían en la Europa Central el actual orden de cosas, deteniendo las aspiraciones democráticas y proclamando la debilidad y la impotencia de las instituciones republicanas. De manera que, fuera cual fuera el resultado, una guerra resultaría en el momento actual y desde nuestro punto de vista un retroceso. En vano nos repiten que el pueblo vencedor entraría en una era de prosperidad deslumbrante... La verdad es que los dos combatientes quedarían extenuados y que aun aquel que obtuviese todas las ventajas necesitaría el esfuerzo de muchos años para reponerse. Una guerra sería hoy una catástrofe irreparable y ningún hombre sensato la puede desear...

Jaurès se interrumpió un instante, y yo insinué:

—Sin embargo, hay en Francia un partido que trabaja en favor de ella.

—Y este partido se divide en dos—estableció Jaurès,—igualmente peligrosos: el que desea una alianza con Inglaterra para descalabrar á Alemania y el que ambiciona un acuerdo con Alemania para pulverizar á Inglaterra. Todo ello proviene de un estado mental curioso. El grupo tradicionalista que sueña establecer la hegemonía francesa en Europa, cree que para conseguir esto basta humillar á otra nación. No cuanta con las coaliciones posibles contra el vencedor, que resultaría lógicamente un peligro para los otros países, ni se pregunta si es prudente jugar los destinos de una colectividad á cara ó escudo. Porque una guerra es un terreno desconocido de donde puede salir el triunfo ó la derrota. Nuestros imperialistas (también los hay en Francia), no creen en la posibilidad de extender el prestigio y la influencia del país por los medios pacíficos, que son, sin embargo, los más eficaces y los menos aleatorios en estas épocas. El partido llamado «colonial» compuesto de hombres de capital y de ambiciones que piden nuevas zonas donde desarrollar su actividad no quiere renunciar á una dominación sobre Marruecos y trata de ensanchar las proporciones del asunto dispuesto á todo. Pero la Francia, como nación, no tiene inmenso interés en dirigir sola la política de ese país ni en obtener muchas más partes que los otros en la empresa bancaria que se está negociando...

Jaurès se envolvió mejor en su manta vieja... El tren acababa de detenerse en una estación. A través de los vidrios empañados vi una confusión de sombras que hervían bajo la luz blanca de los focos eléctricos...

—Pero—insistí—la política de M. Delcassé era entonces la traducción directa de los deseos de esos grupos.

—Lo era, pero no completamente. M. Delcassé perseguía un gran sueño ambicioso: aislar á Alemania é imponerle condiciones. Dueño absoluto dentro de su ministerio durante varios años, estuvo á punto de desencadenar una sorpresa. Felizmente hubo tiempo de evitar las consecuencias de su orgullo. Porque la política exterior de Francia debe traducir los anhelos colectivos y ser pacífica y conciliadora dentro de la dignidad. Lejos de comprometer las fuerzas del país en una aventura, conviene servirse de ellas para realizar en el seno mismo de la agrupación la justicia necesaria...

\*\*\*

El tren rápido corría en la noche perseguido por una luna redonda que vertía su claridad sobre los campos. De largo en largo atravesábamos sin detenernos una minúscula estación cuyo haz de luces parecía rayar los vidrios y nos hundíamos otra vez en las tinieblas de donde surgía á veces, desteñido y pequeño, el campanario de los villorrios apacibles, dormidos á ambos lados del viaducto y agazapados junto á los rieles y los hilos

## Astros é ideas

A Alberto Ghirardo.

Océano de vibraciones  
El universo, aniquila  
Cuanto crea. Lucha á muerte  
Es la lucha de la vida,  
¡Devenir, devenir siempre,  
Es del Cosmos la consigna!  
Los instintos inmortales  
E invariables, iluminan  
Con estrellas los espacios,  
Con hermosura los días,  
Señoreando de igual modo

Al monarca y á la hormiga.  
El por qué de la jornada,  
Inconsciente é infinita,  
Al través de los abismos,  
Ni se ve ni se adivina.  
De estupor, se siente presa.  
Toda alma que divisa  
La embriaguez de las esferas  
Y lo hondo de las simas  
En que ruedan, olas locas,  
En la noche sin medida.

Víctor ARREGUINE.

### NÚMERO PRÓXIMO DE "IDEAS Y FIGURAS": PROCESO ROMANOFF-DENUCIO por el Doctor CIPRIANO BARDI PROLOGO DEL DR. HERMINIO J. QUIRÓS EPILOGO DE ALBERTO GHIRALDO

#### SUMARIO:

- I — Relación del proceso.
- II — El escrito de defensa.
- III — Informe in-vóce ante la Cámara Criminal.
- IV — Autos de la Cámara.
- V — Estado actual del proceso.

Para regular el tiraje de este número indicamos á los agentes, libreros, sociedades y personas especialmente interesadas en su difusión, hagan con anticipación sus pedidos determinando, exactamente, la cantidad de ejemplares que deseen.

LA ADMINISTRACIÓN



## MARIA-CLARA

(EDICION ESPAÑOLA)

El milagro literario de los últimos tiempos.

El famoso libro de Margarita Audaux, la costurera novelista.

Las mas grandes firmas literarias de la Francia contemporánea opinan que *Maria-Clara* es una obra maestra de sencillez y de ternura, en una palabra, la novela mas sinceramente sentida que ha producido la literatura universal en el presente siglo.

Se vende en las principales librerías de Bs. Aires.

Precio del ejemplar elegantemente impreso con prólogo de OCTAVIO MIRBEAU \$ 2

Pedidos por mayor a la administración de IDEAS Y FIGURAS Sarmiento 2021. Se envía por correo, libre de porte, a cualquier punto de la República.

## "SANGRE NUESTRA"

CARLOS ORTIZ

(PRÓLOGO DE ALBERTO GHIRALDO)

Un volumen de 512 páginas con el siguiente sumario: Retrato de Carlos Ortiz. — Biografía. — Personalidad literaria. — La tragedia. — El atentado y la prensa. — Ante la tumba. — Comentarios. — Adhesiones de duelo. — Movimiento popular. — Imprecaciones. — Los funerales cívicos. — 2 de Noviembre. — El proceso judicial. — Escritos de la parte acusadora. — La voz de los poetas.

COLABORACIÓN DE: Alberto Ghiraldo; J. Fernández Coria; Alfredo L. Palacios; Carlos Baires; J. E. Cirulla; Victor M. Mercante; M. A. Barranchea; Carlos Vega Belgrano; Ray de Lugo-Viña; Eugenio F. Diaz; Antonio Bermejo; Luis Berisso; José de San Martín; Alejandro Mathus; Jorge Walther Perkins; Fernando Marquez; Carlos de Soussens; Julio Cruz Ghio; Rodolfo Melo; Rufino T. Bello; E. Rickling Pereyra; Victor Juan Guillot; Juan Mas y Pi; Esther Moras Benitez; Juan Silva Riestra; Francisco Anibal Riu; José María Morán; De la Cruz Domínguez; Matilde Rosa Molina Fredes; Héctor Julianez; Leopoldo Diaz; Juan Julian Lastra; José de Maturana; Luis Bayon Herrera; Absalón Rojas; Gustavo Caraballo; J. M. Cotta; Héctor Diaz; Benigno B. Lugones; Alvaro Melian Lafinur; Segundo Moreno; Raul Oyhanarte; etc., etc.

Acaba de aparecer. - Precio \$ 5.00 m/n.

Pedidos a la administración de IDEAS Y FIGURAS, calle Sarmiento 2021, Buenos Aires. Se envía por correo, libre de porte. — Descuento a los librerías y agentes de la revista.

## OBRAS DE ALBERTO GHIRALDO

De venta en la Administración de IDEAS Y FIGURAS

TRIUNFOS NUEVOS — (Versos) Un volumen de 208 páginas \$ 1.00 m/n.

GESTA — (Prosa) Un volumen de 260 pág. \$ 1.00 m/n.

ALMA GAUCHA — (Drama en tres actos) \$ 0.50 m/n.

ALAS — (Comedia en un acto) \$ 0.50 m/n.

Se atienden pedidos por correo, en la Administración de IDEAS y FIGURAS  
Calle Sarmiento 2021, Buenos Aires. Libres de porte.

## HOTEL Y RESTAURANT DEL NUEVO UNIVERSO

RAMON GÜMIL

Esta casa se encuentra frente al Puerto Madero. Gran comodidad para familias y hombres solos

Piezas de 1.50, 2 y 3 pesos

Pensión desde 2 pesos por día

SAN JUAN 120 AL 126

BUENOS AIRES

Administración de IDEAS Y FIGURAS: SARMIENTO 2021-Bs. Aires ----- Número suelto: 20 centavos  
Agencia en Montevideo: Zabala 200 A.